

## **Sacerdote, pero desconocido para Dios**

*Joseph Tremblay*

Dios puede salvar a cualquiera, en cualquier momento y en cualquier lugar. Donde quiera que se encuentra la persona, cualquiera sea su profesión, cualquiera sea su raza, Dios todavía puede salvar en nuestros días a quien se arrepiente de sus pecados y confía en Jesucristo para su salvación. Mi propia experiencia es un testimonio de ello.

Todo comenzó en 1964 en Chile, cuando era misionero de la congregación de los Padres Oblatos de María Inmaculada y terminó en Canadá en 1966. ¿Qué ocurrió entre esas dos fechas? La salvación de mi alma. Había querido entregarme al Señor. En realidad pensaba que ya lo había hecho por ser miembro de la religión en la que había nacido. Pero un día Dios me abrió los ojos, permitiéndome comprender mi pecado y su camino de salvación. Esto es lo que ocurrió.

Nací en Quebec, Canadá, en 1924. Desde la niñez mis padres me inculcaron un gran respeto a Dios. Yo deseaba intensamente servirle lo mejor que pudiera y consagrarme totalmente a él para poder agradecerle, según las palabras del apóstol Pablo: *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional"* (Romanos 12:1). Fue este deseo de agradecerle lo que me motivó a decidir tomar las Ordenes Sagradas de la Iglesia Católica Romana.

### **Misionero en Bolivia**

Luego de varios años de estudio fui ordenado sacerdote en Roma, Italia. Un año después me enviaron como misionero a Bolivia y Chile, donde serví durante más de trece años. Me gustaba esa vida mucho, y trataba de cumplir lo mejor posible mis responsabilidades. Disfrutaba la amistad de todos mis colegas, e incluso si me miraban con cierta ironía por mi pronunciado gusto por el estudio de la Biblia, sus invitaciones a compartir con ellos los resultados de mis estudios evidenciaba su aprobación. Cuando me llamaban "Joe la Biblia", yo sabía que a pesar de la expresión sarcástica, en realidad me envidiaban. Mis fieles también apreciaban el ministerio de la Palabra de Dios, tanto que organizaron un club para hacer estudios bíblicos en los hogares. Me sentía impulsado a entregarme al ferviente estudio de la Biblia, tanto para prepararme para las improvisadas reuniones caseras como para preparar mis sermones del domingo.

### **Estudios bíblicos serios**

El estudio de la Biblia, que hasta ese momento había sido solamente un pasatiempo, pronto se convirtió en una obligación profesional. Tomé conciencia de la claridad con que se enseñaban allí algunas verdades, y por otra parte, descubrí que no había nada en absoluto escrito sobre muchos dogmas que yo había estudiado. Mis estudios bíblicos me revelaron que yo no conocía la Biblia. Cuando llegó mi

período de vacaciones, les sugerí a mis superiores que quería hacer estudios más profundos de la Biblia. Mientras tanto, los jesuitas de Antofagasta me invitaron a enseñar Biblia en la Escuela Normal de la Universidad que ellos dirigían. No sé cómo supieron de mi interés en la Biblia. A pesar de mi falta de preparación, acepté la invitación, sabiendo que esta nueva responsabilidad requeriría estudios todavía más serios de la Palabra de Dios.

### **El Evangelio por la radio**

Consagré horas, días y noches a la preparación de mis clases, mis reuniones y mis sermones. Para mantener el ánimo durante mis lecturas y estudios, tenía la costumbre de escuchar música. Me habían regalado una pequeña radio a transistores en la que podía escuchar hermosa música de fondo sin tener que estar cambiando los discos. Fue así que un día me di cuenta de que lo que me estaba llegando por medio de la pequeña radio eran himnos y música religiosa. Escuchaba la palabra "Jesús" de tanto en tanto mientras leía la Biblia o los comentarios bíblicos. La atmósfera era muy propicia. Pero los himnos no siguieron mucho tiempo. Les siguió un breve lectura bíblica. El último versículo de la lectura me llamó la atención: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21). El sermón que siguió se basaba en este versículo. Al comienzo me sentí tentado a cambiar el dial, porque me distraería mucho escuchar hablar mientras trataba de estudiar. Además, pensé interiormente: ¿qué más me puede enseñar este ministro, después de todo? A mí, con todas mis acreditaciones. Yo podría enseñarle a él. Después de dudar un momento, decidí escuchar lo que tenía para decir y, verdaderamente, aprendí algunas de las cosas más maravillosas en relación con la persona de Jesucristo. Incluso me llenó de vergüenza saber, sin lugar a dudas, que yo no hubiera podido hacerlo tan bien como la persona que había hablado. Me había parecido que era Jesús mismo quien me estaba hablando, que El estaba allí mismo frente a mí. Y qué poco lo conocía, a este Jesús, quien sin embargo era el objeto de mis pensamientos y de mis estudios. Sentí que estaba lejos de mí. Era la primera vez que se me había presentado un sentimiento así en relación a Jesucristo. Parecía muy extraño. Parecía como si todo mi ser no tuviera otra cosa que vacío, alrededor del cual había levantado una estructura de principios y dogmas teológicos, hermosa, bien construida, bien ilustrada, pero que no había tocado mi alma, que no había cambiado mi ser. Sentí un gran vacío dentro mío. Y a pesar del hecho de que continué estudiando y atracándome de lectura, oración y meditación, este vacío crecía con cada día que pasaba.

### **Conocí la salvación por gracia**

Seguí escuchando esa estación radial, en cada programa que podía. Me enteré de que la estación estaba en Quito. Era la HCJB. También supe que era una estación radial dedicada exclusivamente a la predicación del Evangelio a todo el mundo. A veces me sentía muy conmovido por todo lo que escuchaba y en esas ocasiones escribía directamente a la estación para agradecerles y pedirles información.

Lo que más me impresionó de todo lo que escuché fue la insistencia con que se hablaba de la salvación por gracia, de que todo el mérito de la salvación del hombre debía darse, no al que se salvaba sino al Señor Jesucristo, el único Salvador; que el hombre no tenía de qué jactarse, que sus obras no eran otra cosa que trapos sucios, que la vida eterna se podía recibir en el alma solamente como un don gratuito, que no era una recompensa a cambio de méritos logrados sino un regalo inmerecido de Dios a cualquiera que se arrepintiera de sus pecados y recibiera a Jesús en su corazón y en su vida como Salvador personal. Todo eso era nuevo para mí. Era contrario a la teología que se me había enseñado: que el cielo y la vida eterna se obtienen por los méritos propios, la rectitud, la caridad y los sacrificios. Y eso era por lo que yo había estado esforzándome tantos años. Pero, ¿cuál era el resultado de mis esfuerzos?

Al pensar en el asunto, me dije: No he ganado nada. Si cometo un pecado mortal, iré al infierno si muero en ese estado. Mi teología me había enseñado que la salvación es por obras y sacrificios. En la Biblia descubro una salvación gratuita. Mi teología no me da ninguna seguridad de la salvación; la Biblia me la ofrece. Me siento confundido. Tal vez debería dejar de escuchar esos programas evangélicos.

Mi batalla interior estaba tomando proporciones alarmantes. La sufría en el cuerpo y en el alma, con dolores de cabeza, insomnio, temor al infierno. No tenía ningún deseo de celebrar la misa ni escuchar confesiones. Mi alma tenía más necesidad de perdón y consuelo que todas las demás personas con las que estaba en contacto. Evitaba a todo el mundo.

Pero Dios siguió hablándome en la soledad de mi alma angustiada. Afloraban a mi mente muchas preguntas. La Palabra de Dios vino en mi rescate, untando un bálsamo refrescante sobre mis emociones afiebradas. *"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna"* (Juan 3:16). *"Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús"* (Romanos 3:23-24). *"Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Romanos 6:23). Muchos otros versículos vinieron a mi mente, versículos que conocía porque los había oído con frecuencia por la radio de la estación HCJB.

### **Mi iglesia Madre**

Comencé a pensar que debía hablar con mi superior. Un hombre muy sabio y verdadero padre para todos, ya había notado mi actitud. Comentó que yo había cambiado, que algo andaba mal. Le expliqué por qué había cambiado. Me dejó hablar. Al terminar mi confesión le dije: "No solamente me gustaría leer y estudiar la Biblia, sino también tratar de adaptar mi vida a lo que ella dice, vivir de acuerdo a lo que está escrito en ella sin imposiciones de hombres". Su respuesta fue muy vaga. No quería ofenderme. Me aconsejó seguir leyendo la Biblia, pero me recordó que debía mantener mi fidelidad a las enseñanzas de nuestra "madre, la santa iglesia", a quien debemos someternos incluso en lo que no entendemos. Escuché a mi superior con todo el respeto que le debía. El mismo no estaba seguro de su salvación. Pero en

mi corazón yo había perdido la confianza en mi iglesia porque no enseñaba sobre la seguridad de la salvación. Ya se había producido una fisura en mi corazón, que crecería y rompería todo, y más rápido de lo que yo mismo esperaba.

La luz brilló en mi corazón en el momento que menos lo esperaba. Me tocaba predicar en mi parroquia. Para ese domingo había elegido como tema la "Hipocresía religiosa", basándome en el pasaje de la Biblia que dice: *"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: No os conocí, apartaos de mí, hacedores de maldad"* (Mateo 7:21-23).

### **El Espíritu Santo obra**

Yo conocía a mis fieles. Quería llevar su atención a la vanagloria que manifestaban ciertas personas en relación a sus buenas obras, olvidando que sus buenas obras con frecuencia ocultaban un corazón corrupto. Mientras daba mi mensaje, estaba consciente de que la Palabra de Dios se volvía hacia mí, como una pelota de ping-pong que rebota y golpea al jugador en la cara. Es curioso ver cómo el espíritu humano, en pocos segundos, puede construir un marco de pensamiento completo, que quizá llevaría horas poner en palabras. Fue así que, mientras yo daba mi mensaje, algún otro estaba hablando a mi corazón y predicando un sermón precisamente adaptado a mi necesidad personal. Yo pensaba que, por ser religioso y sacerdote, era mejor que todos los que me estaban escuchando. Y sin embargo, esas palabras también golpearían mis oídos algún día: *"Nunca os conocí, apartaos de mí"*.

Escuché mis propios argumentos frente a esa amenaza y condena: ¿Cómo es posible, mi Dios, que no me conozcas? ¿Acaso no soy tu sacerdote? ¿No soy un religioso? Mira todos los sacrificios que he hecho por ti: los años de estudio, la separación de mi familia y mi país, mis votos de pobreza, obediencia y castidad, consagrándote todas mis riquezas, mi voluntad, incluso mi cuerpo, para servirte mejor? ¿Y me dices que no me conoces? Piensa en todos los sufrimientos que he padecido durante mi vida misionera: no siempre he comido lo suficiente, he llorado con los que lloraban, he bautizado cientos de niños, he escuchado toda clase de confesiones, he consolado tantas almas desesperadas y angustiadas, he pasado frío, soledad, desprecio, ingratitud, amenazas, incluso estoy dispuesto a dar mi vida por ti.

A pesar de todos los argumentos que presentaba a Dios, la misma condenación seguía resonando en mis oídos: *"Nunca os conocí . . . "* Había llegado al final de mis argumentos, al final de mis fuerzas. Sentí que me vendría abajo y comenzaría a llorar allí mismo frente a los fieles, que también percibían la tormenta que se avecinaba. Me era imposible soportar la desilusión que sentí al ser confrontado con esa terrible frustración de los propósitos de toda mi vida, frente a mis pecados y a la condenación de Dios. Me refugié en mi oficina.

Allí, de rodillas, esperé hasta que volviera la calma. ¿A dónde iría ahora? Tal vez mi teología me salvaría, si volviera a ella y siguiera fielmente sus dogmas y preceptos. Pero esa teología a la que estaba pensando adherirme otra vez ya había comenzado a experimentar el desorden, el cambio, la destrucción. Mis pensamientos se volvieron hacia mis amigos. Pero ellos estaban en la misma situación que yo: la incertidumbre. ¿Confiar en mí mismo? Ya no podía contar con mis buenas obras. Mirándome, me sentía una ruina total. No podía hacer nada, estaba en un estado de completo agotamiento, deprimido y desilusionado. Este fue el momento en que Dios me dio Su gracia. "La necesidad del hombre es la oportunidad de Dios".

### **Después de la convicción de pecado –la respuesta**

Durante todas mis reflexiones, Dios estaba preparando su Palabra de salvación: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe"* (Efesios 2:8-9). Fue aquí donde entendí mi error y el motivo del rechazo de Dios. Había estado tratando de salvarme por mis obras; Dios quería salvarme por gracia. Alguien ya se había ocupado de mis pecados y del juicio que merecían. Ese alguien era Cristo Jesús. Fue por eso que murió en la cruz. Fue por los pecados de otro que murió, porque él mismo nunca pecó. ¿Por los pecados de quién entonces murió? ¿Sería por los míos? Sí, por los míos. Recordé las palabras de Jesús: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"* (Mateo 11:28). Entendí que debía ir a Jesús si quería tener la seguridad de la salvación y paz en el alma. Tuve la intención de preguntarle: "Pero, ¿dónde estás Jesús, para que pueda asirme de Ti?" Pero antes de que este grito de impaciencia brotara de mi corazón recordé otras palabras que había oído: *"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo"* (Apocalipsis 3:20).

Ahora sabía dónde estaba Jesús. Estaba más cerca de lo que creía. Me apresuré a invitarlo a entrar a mi corazón, sin esperar a pedir permiso a ningún hombre: "Entra, Señor Jesús; entra en mi corazón. Sé su guía, su líder, oh querido Salvador". En ese momento supe que estaba librado del castigo que me había amenazado durante tanto tiempo. Estaba salvado, perdonado. Tenía vida eterna. Dios había iniciado su obra en mí. Ahora comprendía las palabras que había oído con frecuencia, y se hicieron reales para mí: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él"* (2 Corintios 5:21). "Más él herido fue por nuestra rebeliones; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5).

### **Mi lucha por seguir**

¿Qué ocurrió después de eso? Al comienzo seguí con mi servicio sacerdotal lo mejor que pude. Pero poco a poco comencé a sentirme como un extraño en esa posición. Comprendí que la gracia que me había salvado, que me había convertido en hijo de Dios, entraría en conflicto con las "obras" de la posición en que estaba tratando de vivir. Estaba contento de tener la seguridad de mi salvación. Pero me sentía atado en una posición en la que se me esforzaba a hacer buenas obras para

merecer la salvación. Tenía la salvación, así que comencé a dejar de lado una a una todas esas obras. El orden y la presentación de mis predicaciones cambiaron. Todo lo que me interesaba era Jesús: quién era y lo que había hecho. Abandoné los temas preparados de antemano por la organización litúrgica de mi diócesis, para dedicar todos mis esfuerzos a la Persona y la Obra de mi amado Salvador, presentándolo así a mis sorprendidos fieles, que se sentían a veces confundidos pero con frecuencia edificadas. Pedí ser librado de mis funciones como sacerdote parroquial, ya que no podía seguir predicando lo que entraba en contradicción con la Palabra de Dios. Mis superiores aceptaron mi renuncia, aunque no podían entender por qué quería irme. En verdad me habían tratado muy bien, haciéndome muchas concesiones; por lo que a ellos les constaba, no me faltaba nada. Eso era verdad, en lo referente a comida, ropa, techo, etc. Pero ahora tenía la seguridad de mi salvación. Ahora Cristo era mi Señor. Ya no necesitaba hacer nada para ganar mi salvación; otro la había ganado por mí. El mismo continuaría la obra iniciada, porque nunca hace su obra a medias.

### **La visita de cristianos**

Volví a Quebec, Canadá, en 1965, para un período de descanso. Poco después, me visitaron cristianos evangélicos. ¿Cómo sabían de mi interés por la Palabra de Dios? Fueron francos conmigo: el personal de la estación radial HCJB les había dado mi nombre. Sin embargo, aunque encontré muy edificante su conversación, no me abrí completamente a ellos. No quería caer en otro sistema teológico, por haber estado reprimido durante años por el sistema en el que había nacido y en el que había crecido y vivido durante alrededor de cuarenta años. Sin embargo oré al Señor para que me ayudara a encontrar hermanos y hermanas con quienes pudiera unirme, para no sentirme tan solo. Conocía la experiencia de los primeros cristianos, por los relatos de los Hechos: "*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*" (Hechos 2:42). ¿Sería posible que los cristianos todavía se reunieran en nuestros días para recordar al Señor, esperando su regreso? Dios, que había provisto para la salvación de mi alma, proveería una vez más para revelarme la existencia de sus hijos.

### **Nueva tarea**

Mis superiores en Montreal me llamaron para invitarme a reemplazar a un profesor de teología en un Instituto en Rouyn. Dudé en aceptar el cargo, principalmente porque nunca me había gustado la región de Abitibi, de la que Rouyn es la ciudad principal. De todos modos acepté, ya que sería solamente por unos meses. La asignatura que debía enseñar era "La Iglesia". Me dieron acceso a todos los libros que fueran necesarios para la preparación de mis clases.

Comencé a prepararlas usando solamente la Biblia. Expliqué a los estudiantes lo que era la iglesia, de acuerdo a la Biblia. Admito que yo mismo tenía dificultad en entender lo que estaba enseñando. Era un contraste tan grande con la iglesia jerárquica en la que todavía me encontraba. Disfruté mucho el estudio de ese tema. Usaba un pequeño grabador para ilustrar las lecciones, les hacía escuchar a los

estudiantes algunas entrevistas que había hecho al público en general en diferentes lugares de la ciudad.

Un día supe por un periódico que habría un programa de televisión cuyo tema sería "La Iglesia". Grabé el programa para utilizarlo en mis clases y descubrí que el tema había sido tratado desde el punto de vista de lo que enseñaba la Biblia. Me impresionó tanto la similitud entre la presentación de esta persona desconocida, quien supe después que era un cristiano evangélico, y la mía, que envié una nota de agradecimiento al predicador, invitándolo a venir a visitarme si le resultaba posible. Vino, y reconocí en él a alguien que conocía al Señor. Después de varias visitas, me invitó a su hogar para pasar un domingo con su familia. En esa visita asistí por primera vez a un servicio en "Memoria del Señor".

### **Dios contesta mis oraciones**

Reconocí en ese servicio al que estaba descrito en 1 Corintios 11 y comprendí que Dios había contestado mi oración, al guiarme a los hermanos y hermanas en el Señor, y al mostrarme que los cristianos en nuestros días efectivamente se reúnen como iglesia local para recordar al Señor mientras esperan su regreso. *"Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga"* (1 Corintios 11:26).

Poco después, escribí a mis superiores en Montreal, anunciándoles la noticia de que había hallado una familia, y pidiéndoles que me consiguieran una dispensa de todos los votos que había hecho a la Iglesia Católica Romana, porque ya no me consideraba miembro de ella. Mi vida ahora pertenecía al Señor y la dirección que tomara estaba bajo su control.

### **Nueva vida en el Señor**

Fue así como el Señor me liberó, no solamente de mis pecados, no solamente de Su condenación, sino también de todo sistema humano que reprime y significa una carga pesada. *"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte"* (Romanos 8:1-2)

Joseph Tremblay habla con fluidez el idioma francés, el español y el inglés. Hace obra de evangelización en diferentes países. En 1995 fue a Irlanda para presentar el evangelio y dar su testimonio, y para explicar el contraste entre el cristianismo bíblico y el catolicismo romano.

Traducido por Dante Rosso